

Encuentro Diocesano de Catequistas

Diócesis de Mérida-Badajoz

Cerca de 500 catequistas de la archidiócesis de Mérida-Badajoz participaron, el sábado 24 de abril, en el Encuentro Diocesano de Catequistas, organizado por la Delegación Episcopal para la Catequesis bajo el lema «Enseñar a orar, tarea de la catequesis».

El Encuentro estuvo previamente alentado por una carta que Mons. Santiago García Aracil escribió con este motivo. El pastor animó a los catequistas con un precioso texto que no podemos menos que compartir con los lectores.

Carta a los catequistas con motivo del Encuentro Diocesano

Mis queridos catequistas:

Me dirijo a vosotros por escrito con motivo del encuentro diocesano que nos reúne en torno a la tarea de la catequesis, imprescindible, delicada, compleja y verdaderamente urgente en nuestro tiempo.

No me dirijo a vosotros por primera vez. Os he reunido en diversas ocasiones, y os he entregado, no hace mucho, una carta pastoral titulada *A vosotros, catequistas*. Con ella pretendía ofrecer los elementos fundamentales para una reflexión personal y luego compartida en amistoso diálogo entre vosotros, bajo la orientación del párroco. A través de sus páginas, pretendía destacar, de modo sencillo y sucinto, el lugar de la catequesis en la vida de la Iglesia; la implica-

ción que en ella tenemos los obispos, los sacerdotes, los padres de familia y, cómo no, los catequistas; las características fundamentales de la acción catequética; y las cualidades o actitudes básicas de todo catequista. Sin entrar en cuestiones metodológicas, propias de una pedagogía de la iniciación cristiana, os ofrecí las referencias principales que nos brindan los documentos del Magisterio de la Iglesia acerca del cometido catequético. Aprovecho la ocasión para recordaros la importancia de atender las directrices eclesiales sobre la catequesis y de volver sobre ellas oportunamente a lo largo del ejercicio de vuestro singular y nobilísimo ministerio.

Ahora quiero aprovechar el tema del encuentro diocesano en que os ocupáis para insistir, aunque someramente, sobre un elemento ineludible en la vida y en la acción del catequista. Me refiero a la oración sencilla, frecuente, confiada y abierta, no sólo a la petición, sino también a la alabanza al Señor; y, muy especialmente, a la meditación y, ojalá también, a la contemplación que debe precederla, como base de nuestro diálogo con el Señor.

Sabéis todos que la catequesis forma parte del proceso de iniciación cristiana, absolutamente necesario para asumir con plena conciencia, según las edades, y con verdadera gratitud a Dios, la gracia de la fe y la condición cristiana en toda su riqueza. Este proceso incluye el conocimiento de Jesucristo y de las verdades fundamentales contenidas en la divina Revelación y enseñadas fielmente por el Magisterio de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, y con carácter imprescindible, el proceso de la iniciación cristiana ha de incluir la presentación testimonial, vivencial y celebrativa, siempre adecuada a cada edad y condición, que vaya mostrando a los catecúmenos la realidad de



Dios vivo, de los Misterios de su amor y misericordia infinitas y de la Santa Madre Iglesia que Él fundó. En la Iglesia y por su acción, Jesucristo cumple, de modo pleno, su promesa de estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

En la iniciación cristiana es necesario propiciar gradualmente al catecúmeno la experiencia de Dios; esto es, ayudarle a percibir no sólo intelectual sino también vivencialmente el amor y la misericordia infinitas que Él derrama sobre nosotros para ayudarnos a apartarnos del mal y para ir alcanzando nuestra plenitud por el camino del bien.

Es muy importante que los niños, los jóvenes y los adultos, cada uno a su modo, descubran que la fe es un verdadero regalo de Dios, que por la fe podemos descubrir lo que significa llamar Padre a Dios como auténticos hijos adoptivos suyos y herederos de su gloria; que por la fe podemos descubrir a Jesucristo como nuestro Maestro, como nuestro modelo y como el ejemplo más certero para ordenar nuestra vida hacia la plenitud. Por el camino de la fe alcanzamos la paz interior, la felicidad más profunda, la capacidad de permanecer fieles al Señor por encima de todo sufrimiento y limitación, y la esperanza, imprescindible para mantener la ilusión en el esfuerzo y la confianza en el buen final.

¿Creéis, mis queridos catequistas, que podemos manifestar todo esto a los niños, a los jóvenes o a los adultos, sin que ello forme parte de nuestras más profundas convicciones y sin que constituya el motivo por el que no imaginamos otra vida fuera de la cercanía y relación viva y gozosa con el Señor? ¿Creéis que podemos iniciar a otros en la experiencia de Dios sin estar gozando nosotros de esa experiencia vital, profunda y misteriosa que nos mueve a unirnos al Señor y a confiar en Él por encima de todo y de todos?

Pues bien, queridos catequistas: esta experiencia de Dios se alcanza mediante la oración y mediante la participación frecuente en los sacramentos, especialmente en la Penitencia y en la Eucaristía. Yo me atrevo a decirlos que la participación en los sacramentos es también oración; y que la oración litúrgica y privada nos capacitan para vivir plenamente el don inmenso que son los sacramentos del amor y de la misericordia de Dios.

Hay que entender la oración no sólo, ni principalmente, como el momento en que nos ponemos a hablar a Dios, a decirle cosas, a pedirle favores o a agradecerle los bienes recibidos. La oración es, también y principalmente, mirar a Dios con los ojos del alma ayudados por la fe e iluminados por la Sagrada Escritura. La oración es abrir el espíritu a la palabra con que Dios nos habla a través de la Revelación y escuchar lo que desea decirnos en el momento concreto en que nos encontramos. Por eso, la oración requiere un tiempo de silencio exterior e interior; un tiempo en el que la actitud de la esforzada paciencia nos permita permanecer en esa escucha del Señor y nos capacite para responderle con sencillez, con humildad y con alegría, siempre dispuestos a seguirle. El amor no se gusta en una relación momentánea, sino en un acercamiento personal y frecuente, dispuestos a descubrir los valores que se nos escapan en una primera mirada y en una escucha ocasional y condicionada por la prisa.

De nuevo os digo, queridos catequistas, que el espíritu y el hábito de oración han de ser cualidades de cada uno de nosotros. Sólo así podremos tener el valor y el acierto de hablar de Dios, no como enseñantes de verdades acerca de Él, sino como testigos del gozo que se gusta estando cerca de Él. De otro modo, y sobre todo en los tiempos que corren llenos de noticias disuasorias respecto de la fe cristiana y de la Iglesia, nuestra acción catequética sería tan pobre y efímera como pode-



mos imaginar. Para comprobarlo contamos con la experiencia de lo poco que permanecen los niños y, sobre todo los jóvenes, en la fidelidad a cuanto creímos haberles enseñado en la catequesis; aunque el único factor de su enfriamiento no está sólo en las posibles limitaciones de la catequesis, es muy cierto que sólo se deja condicionar la propia vida por quien se ama de verdad. O amamos a Dios o no seremos auténticos cristianos. Nos limitaremos a participar de un cristianismo puramente sociológico que es superficial, muy incompleto y lleno de contradicciones y transgresiones.

Desde estas líneas deseo, más que nada, alentarlos y estimularlos a que asumáis y mantengáis, como fundamento de vuestra acción catequética, el acercamiento personal al Señor. De este modo, vuestra acción catequética será una verdadera contribución a la iniciación cristiana de los niños y de los jóvenes. Os aseguro que, en estos tiempos de prisas y de tanta dispersión interior, no resulta fácil vivir el espíritu de oración y concederle la dedicación que merece. Pero también puedo aseguraros que, en la medida en que logremos, con esfuerzo y paciencia, ser personas de oración, nuestra fe se fortalecerá, nuestro esfuerzo encontrará sentido, nuestra ilusión se mantendrá viva y pujante y encontraremos nuestro gozo en el cumplimiento de la voluntad del Señor dentro de la Iglesia y en medio del mundo.

Os prometo orar por vosotros en mis momentos de silencio y, sobre todo, al celebrar la Santa Misa donde gozamos de la más cercana presencia del Señor glorioso y sacramentado.

Enhorabuena por haber atendido la llamada del Señor para contribuir a la acción catequética de la Iglesia. Que Dios os lo pague con una gozosa experiencia de su amor y de su misericordia.

Con mi afecto y bendición.

Desarrollo del Encuentro

El encuentro comenzó con la intervención de Francisco Julián Romero Galván, delegado episcopal para la Catequesis, que dio la bienvenida a los participantes y presentó la jornada, afirmando que era un día de encuentro y convivencia entre catequistas y de estos con el arzobispo y los sacerdotes, para «ayudarse mutuamente a ilusionarse en la preciosa tarea de la catequesis, a la que el Señor nos ha llamado y a la que estamos respondiendo con generosidad, a pesar de las dificultades con las que cada día nos encontramos». Francisco reconocía que «en este momento en el que vivimos se necesitan catequistas que sean más testigos que maestros, en concreto, testigos de la vida de fe, que se alimentan en la oración y que ayudan a orar, porque la oración es la sabiduría de la vida cristiana».

Posteriormente intervino monseñor Santiago García Aracil, arzobispo de Mérida-Badajoz, señalando la importancia de la catequesis y que se necesitan buenos catequistas «que hablen abiertamente a los catequizados de Jesucristo, sin miedos ni complejos, pues los que están en catequesis tienen derecho a que se les transmita el mensaje de salvación de Jesucristo». Además, monseñor García Aracil animó a los catequistas, a los que acompañó durante toda la mañana, a seguir en la tarea de ser buenos educadores cristianos.

El tema de reflexión de la jornada, *La oración en la vida del catequista, a imagen de María*, fue expuesto por Juan Ignacio Rodríguez Trillo, director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis de la Conferencia Episcopal Española, quien fue recorriendo los momentos de la vida de la Virgen María y desgranando su actitud orante en ellos, relacionándolos con la vida de los catequistas e invitando a ser



testigos, como María, «de la belleza de la oración en la vida cristiana». El esquema de la intervención fue el siguiente:

1. EN LA ANUNCIACIÓN
 - La oración personal y eucarística
 - Responder a la llamada
2. EN LA VISITACIÓN
 - La oración de alabanza y acción de gracias
 - Ser generosos en la entrega
3. EN EL NACIMIENTO
 - La oración de adoración
 - Alumbrar a Cristo para el mundo
4. EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN
 - La oración de petición
 - Perder, buscar y encontrar a Cristo
5. EN CANÁ DE GALILEA
 - La oración de intercesión
 - Ser mediadores
6. EN GALILEA
 - La oración que bebe de la Palabra de Dios
 - Transmitir la Palabra de Dios
7. A LOS PIES DE LA CRUZ
 - La oración fiel y perseverante
 - Ser madres en el espíritu
8. EN PENTECOSTÉS

-
- La oración en el Espíritu, comunitaria y eclesial
 - Ser maestros de oración

Talleres

Durante esta jornada, además, se celebraron diversos talleres de iniciación a la oración. A los catequistas participantes se les ayudó a descubrir la importancia de la oración en la catequesis y cómo esta debe iniciar en la oración a los catequizandos para cumplir con su finalidad. Para ello, los talleres abarcaron todos los grupos de edad de la catequesis, desde la infancia hasta los jóvenes, y diversas posibilidades para ayudar a los catequizandos a iniciarse en la oración, desde la utilización de los dibujos del catecismo *Jesús es el Señor*, hasta la oración a partir de los símbolos litúrgicos.

Para hacer más eficaz el trabajo en los talleres, durante las semanas anteriores al encuentro, los catequistas reflexionaron y profundizaron en sus parroquias sobre el tema de la oración, ayudados por un material enviado por la Delegación, con el que se pretendía que cada catequista analizase su vida de oración y viese lo que debía hacer para crecer en ella. De la misma manera, se analizó si la catequesis cumplía con la tarea de iniciar a la oración a los catequizandos y qué puede hacerse para que se lleve a cabo este objetivo.

Según explicaron los responsables de los talleres, los catequistas valoraron muy positivamente el trabajo desarrollado en ellos, tanto por lo que les aportó como porque descubrieron que es posible iniciar a la oración desde la catequesis.

El encuentro finalizó con la representación del musical «Mamma Mía», puesto en escena por los jóvenes de la parroquia de Monesterio.

